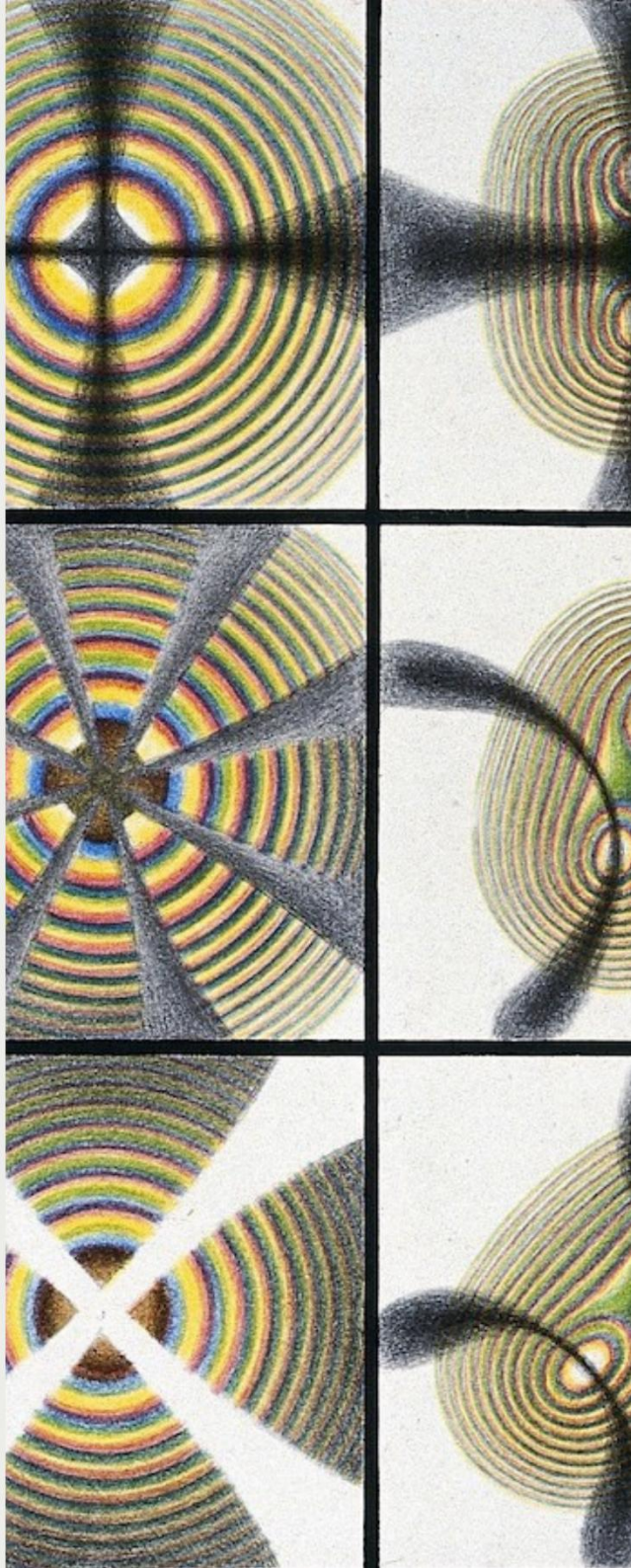


# Cuentos Mutantes

**Cuentos**

Kuminak Lefio | Ediciones  
Colegas



# Cuentos Mutantes

Kuminak Lefio Zamorano

Editorial Colegas

**PUBLICADO POR EDICIONES COLEGAS**

**EDICIÓN**

Carla Román

**DISEÑO INTERIOR Y DE PORTADA**

Carla Román

**CORRECCIÓN**

Kuminak Lefio

© 2025, Kuminak Lefio

© 2025, Ediciones Colegas, S. A., Santiago, 2025

Colección: Cuadernos de Cuentos

Primera edición digital: Julio 2025, Chile

ISBN Digital: XXX-XXXXXXX-X

Licencia: CC BY-NC-SA 4.0

[edicionescolegas.org/licencias](http://edicionescolegas.org/licencias)

Email: [edicionescolegas.com](mailto:edicionescolegas.com)



# Julio, se me mueren las ideas

Quizás tenía algo que ver con la luz del sol que golpeaba mi nuca y caía hasta el suelo sin titilar ni una sola vez, quizás tenía que ver con el dolor que no había abandonado mi cabeza por horas, quizás te recordé a ti y como me habría gustado contarte una historia distinta a esta o quizás tan solo no podía escapar a la sensación de que algo, tan pequeño como importante, podría ser distinto, pero no lo es. Igualmente no hice más que sentarme, abrazar mis piernas lo más cerca que mis brazos me lo permitían y mirar entre los dedos de mis manos sin encontrar en que fijarme. Es que alguien me dijo que yo estaba cansado.

Antes de eso, sentí como me aferraba a los fierros de metal, sentía mis oídos intentando escapar del bullicio, sentía mis ojos buscando, encontrando y abandonando cada detalle a su paso, y cada cierto rato, como si alguien más me lo estuviera diciendo, me acordaba que me gustaba el metro. Julio me hablaba y yo igual sentía que debía estar

respondiendo, había alguien que me decía, él también me agrada, es que sus gestos me animan a mí, su risa me hace reír a mí y su rostro lo apunta para mí, pero no podría contarte como se ve Julio, el no tiene un rostro, no tiene sonidos y tampoco se sube al metro.

No suelo equivocarme; no, me corrijo, no suelo sentir el error, pero hoy creo que me equivoque y tus palabras me cuentan que no fue algo menor. Mis manos se equivocan al intentar moverse, son diferentes a cómo deberían ser pero, sé que nunca las he visto distintas porque las siento como siempre, y no son las manos de Julio, ni las tuyas, ni las mías.

Con los pies en el suelo, encerrado entre árboles, ambos brazos y ambas manos se estiran hacia arriba hasta quebrarse y los ojos se quedan fijados en una sola hoja, no era la más alta, sabía que nunca podía quedarme tanto, tú me lo repetías, sabía que temía dejar de mirarla, perder la vista o que me arrancasen las ganas, pero no hizo falta, porque aun lo siento todo igual, si mis manos no me mienten aun siento el frío metal entre ellas, el bullicio y julio, mis ojos y los tuyos abandonando otro detalle.

Así seguía hablando el hombre que estaba atado de pies y manos a la reja, con el cuerpo fatigado, la voz frágil y casi inaudible. En el no brillaba nada, excepto las tres mariposas naranjas sentadas en su frente, una por cada

historia que repetía mil veces, una por cada personaje alcanzaba a recordar, una por cuantas horas se dormía antes de volver a despertar. Yo lo miraba con atención y lo escuchaba, no con tanta, las tres horas enteras, le sostenía la cabeza cuando el sueño lo consumía y unos minutos después lo desataba para atármelo nuevamente a la espalda. Ayer me lo lleve pa los pastos donde le gusta seguir hablando, pero ya no se escuchó ni bullicio ni melodías ni sinsentidos, se me había muerto durante el día y las mariposas ya no querían nada más conmigo o con el hombre silencioso.

No me quedo más que sentarme, dejándolo atado a mi espalda al menos un ratito más. Doblé mis piernas y se crearon dos pilares huesudos frente a mí, intenté abrazarme y como siempre. di quince vueltas a mi cuerpo antes de encontrar mis manos frente a mi rostro y como si fueran rendijas en la misma reja de todos los días, entre mis dedos me quedé mirando al sol. -Cansado no era la palabra correcta, nunca me he sentido cansado de esperar que el sol o tú me miren de vuelta- dijo Julio.

# Distracción

El departamento ya estaba hecho un desastre, uno lleno de gente y de ruido. Llevaban unas cuantas horas carreteando y les parecía que todo fluía de maravilla. Si alguno de ellos se detuviese por un instante, sería el primero en notar el olor rancio y asfixiante que los rodeaba. Quizás alguien se fijaría en las grietas que empiezan a formarse por el techo y las paredes, allí se desataría la chispa inicial del miedo, se contagiaría rápido, pero todo se derrumbaría antes de que cualquiera pudiese salir del edificio. Tendrían que sentir el calor y sus propios dolores de cabeza, tendrían que volver a hacer uso de su atención y encontrar el rastro del mundo que habían decidido olvidar por unas horas.

Pero nada de eso ocurrió, casi todos sabían demasiado bien qué hacer para no detenerse. Daniela solo se equivocó cuando sus músculos no le respondieron como esperaba, se demoró un poco más de lo adecuado en dar el siguiente salto para luego caer en sintonía con el resto y ya no pudo volver a entrar en el ritmo que todos seguían

intuitivamente. En ese momento se pudo haber dejado llevar hacia muchos sitios, físicos o imaginarios, pero no hizo mucho, se quedó quieta, quieta con su cuerpo, quieta en su pensamiento. Se sentó y de repente los detalles que la rodeaban volvieron a existir, las cosas captaban su atención de nuevo, pero se esfumaban de su mente tan rápido como aparecían. Sin encontrar algo mejor que hacer, dejó que sus ojos la llevaran a saltos de cosa en cosa...

Se fijó en las luces, cambiaban de color y forma, seguían un patrón, pero ella no alcanzó a notarlo.

Luego en la alfombra, solo recordará que estaba manchada.

Después en la ventana, sucia y agrietada.

Al final, su vista topa con el sol. Nos miramos y me gustaría que sus ojos me digieran algo, que notase lo extraño de mi presencia, lo exagerado de mi tamaño o lo rojiza que es mi luz, pero en sus ojos no encuentro nada. Ella solo aprovecha de cruzar miradas conmigo, mientras deja que su cabeza esté en ningún sitio y que su rostro descansa de tener cualquier expresión. No puedo ser solo un círculo de luz roja que ni siquiera llame su atención. No puede ser que ni a ella le preocupa que aún no sea la hora del amanecer. No puede ser que todo dure tan poco...

---

De ahí en adelante, el sol perdido continua su monólogo, repitiendo ideas parecidas que no lo llevaran a ninguna conclusión. Él llega a todos sitios por error, ignorando la fuerza con la que sus movimientos alteran lo que lo rodea y lo que es capaz ver. Esta vez se acercó con demasiada curiosidad a un planeta del cual nunca había escuchado hablar, uno que ya tenía su propia estrella y su propia estabilidad. Lentamente aplasta todo lo vivo y lo construido, absorbe todo lo que puede y continua su trayectoria, buscando ser, para alguien, algo más que una distracción. Daniela, en cambio, cuando se encontraba allí sentada, rodeada de desconocidos y a penas presente entre los lapsos de su propia atención, encontró la tranquilidad para pensar en cosas que el sol jamás podría leer o escuchar, que jamás podría haber encontrado al solo buscar en sus ojos atención y asombro.

“espero que Ángela esté soñando con algo”

“se siente ligero mi cuerpo”

“¿Tendré tiempo para verte mañana?”

“...Me gusta este rojo”

## *INDICE*

Introducción /

Julio, se me mueren las ideas / 5

Distracción / 7

**PUBLICADO POR EDICIONES COLEGAS**

© 2025, Ediciones Colegas, S. A., Santiago, 2025  
Colección: Cuadernos de Cuentos